

Taula, quaderns de pensament

Universitat de les Illes Balears

ISSN: 0214-6657

núm. 47, 2018-2019

Pàg. 71-77

DE LA METAFÍSICA DEL AMOR AL SENDERO DE CORAZÓN, EN MARÍA ZAMBRANO

Antonio Albero Sáenz de Navarrete
CDL Aragón

RESUMEN: Se realiza una exégesis del pensamiento de la autora, en lo referente al amor y al corazón, recorriendo su razonar poético desde los textos fundantes, hasta su obra central: *El hombre y lo divino*.

PALABRAS CLAVE: Maria Zambrano, Poesia, Filosofía, amor.

ABSTRACT: An exegesis on the author's thought is made here, on what concerns to love and the heart, through her poetic reasoning and from the founding texts to her main book: *El hombre y lo divino*.

KEYWORDS: Maria Zambrano, Poetry, Philosophy, love.

Del sentimiento originario u oceánico

Al comienzo de *El malestar en la cultura*, Freud (1930) habla de un amigo suyo –Romain Rolland (p. 363, n. 2)–, quien se habría carteadado con él en respuesta al ensayo de Freud *El porvenir de una ilusión*, referido a la religión. Freud identifica la religiosidad para Rolland como un sentimiento de algo sin límites; es decir: oceánico. Sentimiento de comunión indisoluble, de pertenencia inseparable a la totalidad exterior. Freud realiza varias consideraciones en torno a este sentimiento; a saber: 1) este estado extraordinario en que el yo deja de percibir claramente sus límites no puede ser considerado como patológico. De hecho, esos «límites» amenazan con esfumarse en el enamoramiento. Esto significa que los límites del yo con el mundo exterior no son inmutables. 2) Es el sentido yoico lo que deriva, atrofiadamente, de un sentimiento original de tipo oceánico, de un estado de comunicación más íntimo entre el yo y el Todo. 3) Lo que una vez se ha formado en la vida psíquica no desaparece jamás y, además, puede volver en circunstancias suficientemente favorables. Esto permite concluir que, en muchos seres, existe ese sentimiento oceánico. 4) Freud dice no ser capaz de identificar sentimiento religioso y sentimiento oceánico, ni de operar con unas magnitudes que considera «tan intangibles». Lo que nos interesa ver aquí es que este sentimiento oceánico original es, precisamente, el que caracteriza el tipo de religiosidad de Zambrano. Sentimiento que es, a su vez, la nota característica de la mística, en la cual deriva el pensamiento de Zambrano. La regresión a ese sentimiento equivale al adentramiento en la voz de las entrañas, del corazón. Adentramiento que sería necesario para que emerja la luz. El corazón sintoniza su ritmo con los seres, sucesos, etc. Es como un instrumento musical que debe afinarse ante cada circunstancia. Creo que esto es lo que significa tener un centro y que este centro sea guía de nuestra vida. La percepción unificada, del Todo, es la correcta, mientras que la yoica es atrofiada, como ya Freud señala, aunque no se atreva a adentrarse en esa vía. Para Zambrano, aquello que sea lo humano se construye culturalmente en relación a aquello que sea lo divino (Zambrano, 1973). Si eliminamos uno de los factores, el otro queda sin sentido. Eliminando lo divino, el hombre queda entrañado entre sus males «naturales», en la oscuridad de la selva, de las pasiones. Este es un suceso histórico que sufre, según Zambrano, su propia época y que lleva al miedo que ha provocado las guerras del siglo XX. Zambrano (1986), trae a colación al personaje de Don Juan, para ponerlo como ejemplo de aquel instinto desatado de la libido freudiana. Instinto que, si no fuese salvado por la pureza de la inmaculada amada, no hallaría reposo. Así, Zambrano está refiriéndose a la necesidad de sentirse enlazado con algo más alto, más puro. Desde aquí resulta oportuno hablar del amor en *El hombre y lo divino* (Zambrano, 1973).

El amor en *El hombre y lo divino*

Cabe decir, desde Zambrano (1973), que, hoy en día, el amor pasa de largo. La tendencia de los tiempos es no dejarle hueco, si no es como libido, instinto, sentimiento, algo contingente, nunca trascendente, incluso algo enfermizo de lo que más valdría liberarse. El hombre ha preferido la libertad al amor, una pseudolibertad, en realidad; una libertad negativa: la libertad de renunciar. Es como si la época contemporánea tuviera que apurar la negación, la sombra, la ausencia del amor. Las fuerzas que integraban el amor quedan dispersas y, mientras tanto, parece haber libertad, pero esta es falsa y se agota pronto.

El hombre ha preferido sustituir el amor por la función orgánica, la pasión por el nombre de algún complejo y ha creído «liberarse, por ello, del sufrimiento, de la pasión que todo lo divino sufre entre nosotros y en nosotros» (p. 262). Pero hay, según la autora, procesos en los que es preferible perderse para ganarse después. Lo divino ha quedado fuera del amor humano y, así, nosotros encerrados en la fatalidad histórica como en un eterno retorno. Es el amor lo que nos hace trascender. El amor es «agente de lo divino en el hombre» (p. 274). Absorber lo divino dentro de este amor meramente humano es una manera de librarse de aquello. Pero, al apartar lo divino, «no queda espacio para el trascender del amor que no tiene nada que ligar [...] No tiene nada entre que mediar; realidad e irrealidad; ser y no ser, lo que ya es con el futuro sin término» (p. 264). Al encerrar el amor en lo meramente humano, olvidamos lo sagrado.

Los dioses no nacen, no se manifiestan un día sino que están ya ahí; han estado siempre; es su forma la que les viene dada por el hombre. Su presencia oscura preexistía a su imagen, que es lo que el hombre griego, tan dotado para la expresión, tan necesitado de forma, logró darles. La estancia de lo sagrado preexiste a cualquier invención, a cualquier manifestación de lo divino. Preexiste y preexiste siempre; es una estancia de la realidad de la misma vida. Y la acción que el hombre realiza es buscar un lugar donde alojarla, darle forma, nombre, situarlos en una morada para así él mismo ganar la suya; la propia morada humana, su «espacio vital» (p. 247).

Gracias al amor, el mundo es habitable para el hombre (p. 264). El cristianismo solo terminaría de realizar esta idea. La revelación del amor persiste y pervive en nuestro interior. Así pues, puede revivirse. Pienso que aquí hay una analogía con Freud (1930), cuando decía que en nuestro interior pervivía lo primitivo junto a lo evolucionado a que había dado origen. De esta manera, el amor sería lo primitivo y lo primero. Sería el océano del sentimiento oceánico del que habla Freud por Rolland. Pero, a pesar de la pervivencia del amor, el caos permanece en forma de huella, palpable en la representación trágica. Se trata en ella de un amor que aún no se ha aclarado, que aún no se ha ordenado, que no se ha plegado a órbita, que no es conforme a la naturaleza. La tragedia es un género sagrado para Zambrano (1973, p. 266). El amor no puede revelarse enteramente, mantiene una parte escondida. Y, cuando no es así, se banaliza, pierde su divinidad. La abyección es el olvido de la raíz; la abyección en el amor es el olvido de su raíz divina. Lo humano es depositario de algo sagrado. Pero si la conciencia del hombre se estrecha, de modo que se restringe a lo meramente humano, el amor decae, tanto en la vida cotidiana, como en general. El amor requiere de espacio vital, de horizonte. La filosofía tiene como misión, para Zambrano, la creación del horizonte (p. 269). El amor se escindió, para la autora, entre la pasión trágica y la mirada filosófica. Tanto la tragedia, como la filosofía hacen entrar al hombre en sí mismo: la primera por el padecer y la segunda por el ver. La primera busca la consumación, la segunda la impasibilidad. Quedan así dibujados dos caminos al hombre: la aceptación absoluta del padecer o el amor impasible (pp. 269-270). Poesía y filosofía estuvieron unidas durante el período cosmogónico, hasta Platón, según Zambrano (1973, p. 270; 1987). Desde ahí, la filosofía trata de convertir la enajenación en identidad y la poesía lírica tomará el amor de la tragedia, liberándolo del suceso y del drama, abstrayéndolo. El hombre se hace hombre una vez la revelación del amor se ha cumplido, cuando lo que vagaba como potencia divina se asume en su interior, revelándole su propia vida. Comienza, entonces, la historia. A partir de aquí, la división del amor no es doble, sino triple. Aparece, también, en la moral, en las normas. El amor se adentra en el hombre. El alma, realidad mediadora, también. Para Zambrano, la creencia en el alma no es algo

ingenuo. La autora aduce la constancia de la creencia en el animismo por parte de muchos pueblos indígenas, para quienes las almas moran en piedras y lugares encantados. Acude al antiguo Egipto para recordar que, allí, solo se consideraba al faraón como alguien con *kaa*, mientras que el resto, supuestamente, recibía un alma tras morir. Así pues, concluye que el hombre nunca consideró el alma primeramente como propia, sino que al sentir no tenerla anduvo buscándola (1973, pp. 270-271). Alma y amor vinculan el universo y las varias especies de realidad. Son anteriores al mundo de las cosas, los seres, el ser. El hombre se genera cuando el alma y el amor se introducen en él. Este adentramiento es padecer, por entrar el alma en un recinto que parece cerrado y porque, a veces, se sufre el adentramiento de varias almas discordantes o de una con la que el receptor no concilia. Se trata de una tragedia en la que el amor actúa para unificar, fijar el alma individual. El amor es el camino de la unificación propia, del ser uno mismo. Es una fuerza engendradora. Pero es preciso aclarar que esta fuerza no actúa de una vez por todas, sino que tiene el carácter de ser un proceso. El amor es, también, una fuerza trascendente, pues media entre las categorías supremas de la vida humana: necesidad y libertad, haciendo sentir el peso de la primera en la segunda y la necesidad de la segunda en la primera.

Al ser trascendente el amor, atrae hacia el futuro. Zambrano distingue entre porvenir y futuro. El primero tiene relación con los próximos sucesos previsibles, que se asemejan a los pasados. Mientras, el futuro es la apertura a la posibilidad del cambio. Se trata, en el caso del futuro, de una diferencia y una esperanza radicales. El futuro atrae a la historia. Y el amor nos lanza incluso a trascender cuanto promete el futuro (Zambrano, 1973, p. 272). El amor es, además, el mayor agente de destrucción. Descubre la inanidad de las cosas y, con ello, la nada. Todas las cosas guardan una nada en su fondo, pues todo vino de la nada, como en el relato del Dios creador. Así, quien ama, arrebató lo amado de la nada para llevarlo hasta una suerte de fogonazo, a un género de realidad que parece total por un instante y que luego se desvanece. El amor lleva del no-ser al ser y del ser al no-ser, pues aspira a ir más allá de todo ser, de todo proyecto. De este modo lo hace todo inconsistente (pp. 272-273). «Amor» también es el nombre que recibe la transformación del caos en orden. El amor conduce a la conciencia, al llevar el fondo de avidez elemental del ser humano al alma y el alma a la razón y aun hacer que el alma vea sus límites, al revelar la inanidad de todo aquello en que se fija. El alma se dilata al engañarse por amor, pero con el desengaño se abre la conciencia. Si siempre nos moviéramos en el amor, no habría conciencia. Aparte, lo amado es cierto. Puede que lo amado no se actualice en un capítulo del amor, que no se contenga en el objeto idealizado, pero sí es la verdad que espera en el futuro. Lo amado en el amor es cierto, aunque no haya correspondencia con el objeto. El amor nos lleva al abismo, pero ese es el precio a pagar para desarrollar la conciencia, lo que puede ayudar a cada cual a ser lo que es. El ímpetu de la vida radica en las entrañas, como el magma en la Tierra. La conciencia se desarrolla gracias a las heridas del amor. Pero no es el fin herida, sino promesa. El amor hace de la muerte algo viviente, al descubrir el no-ser en la vida. Quien ama de verdad, aprende a morir. El amor afina al ser que lo sufre y soporta, siendo esta la verdadera acción del amor y no la del arrebato en un episodio (p. 274). Amor es escucha, recepción, apertura, vilo, transformación por efecto de algo que nos trae y nos lleva. Hemos querido verlo todo y verlo todo por nosotros mismos, borrando todo lo que es huella, misterio, padecer, sombra. Pero el amor es una fuerza trascendente, unitiva, mediadora, engendradora, destructora y generadora de conciencia. Del amor vienen la tragedia (que luego será poesía) y la filosofía. El amor nos hace ver la inanidad del mundo, lo disuelve y nos disuelve, pero su verdad, la verdad que hemos amado, la verdad que amamos, espera en el futuro.

Toda creencia está fundada en lo que a nosotros hace, en esta apertura íntima a lo que hay, cuya mayor o menor amplitud delimita la mayor o menor realidad con que contamos. Las almas mezquinas lo son por la estrechez de esta inicial confianza, pues la realidad, en su mayor plenitud, está ligada a esta capacidad de aceptación, de olvido y de amor, a este tesoro divino de confianza y entrega. Olvido y entrega que llegan, en los que han sido llamados místicos y santos, también en algunos filósofos, a una verdadera esclavitud con respecto a la realidad o a algún género de realidad que sólo así se muestra en su plenitud. Los místicos hacen siempre hincapié en esta quietud del ánimo, que es menester para que la realidad suprema, divina, penetre en él (p. 90).

Zambrano define la Poesía como la unidad sagrada de expresión y creación. De la Poesía nacerá, más tarde, la Filosofía, por separación. Sin embargo, a pesar de esta separación, la Filosofía se reúne con la Poesía en sus momentos de madurez. Hay, así, una relación entre el Sistema y el Poema. Poesía y Filosofía son, además, quehaceres de autoría, caminos de transformación, en virtud de la cual se hace posible la propia reconciliación, la paz. En la Poesía, esto sucede por la absorción del intelecto en el alma y, en la Filosofía, por la absorción del alma en el intelecto. La Religión, mientras tanto, es la «unidad última» a la que tanto la Filosofía, como la Poesía, remiten. La tradición filosófica preponderante trata de presentar al Sistema como meramente racional y neutro, pero en él aparecen tanto la Poesía, como la expresión Religiosa, cada cual a su modo. De lo que se trata para Zambrano es de reunir, declaradamente, Poesía, Filosofía y Religión, como único modo de justificación de la Filosofía. Zambrano no busca establecer archivos, sino que indaga acerca de esos tres caminos del espíritu, en busca del apaciguamiento y la identificación de la vida consigo, del sentimiento oceánico u originario. En esto, tiene un papel destacado la metáfora del corazón.

La metáfora del corazón

El corazón, para Zambrano (1986), es metáfora de lo secreto e incommunicable, fondo íntimo del sentir originario y *a priori* de la voluntad y de los derroteros que toma el conocimiento. Frente a la metáfora de la luz intelectual, nos habla de la metáfora del corazón, de la visión por el corazón, que lo ha sido todo en la Poesía y la Religión, en el romántico otoño de la Edad Media y en el Romanticismo del XIX. Frente a la ligereza y desprendimiento del intelecto, el corazón nos hace sentir la gravedad del universo, el peso de la vida, la pesadumbre. El corazón pesa. Lleva a cabo una vida secreta. Es una entraña, una víscera y, por ello, cavidad oscura y recinto hermético, el cual, sin embargo, en ocasiones, se abre. Víscera que vibra y que, al abrirse, arrastra en su apertura a las otras vísceras, las cuales no pueden abrirse por sí solas, pero están conectadas con aquel. El corazón no puede ser independiente, como el pensamiento. No camina en solitario. No puede dejar de llevar adheridas las entrañas. No puede detenerse ni liberarse. La supuesta superioridad del pensamiento carece, por tanto, de heroísmo, porque no arriesga y es por ello que no teme la muerte. En cambio, lo que caracteriza al corazón es el padecer, la servidumbre, la esclavitud, el amor. Mientras que el pensamiento lleva a hablar del espacio, el corazón lleva a hablar de la profundidad, que resulta imponente y misteriosa. Pero ahí radica la llamada amorosa. El corazón es la sede de la intimidad. La capacidad de conocimiento del corazón se basa en un saber intuitivo, más acá y más allá del análisis.

Zambrano tratará de elaborar una filosofía, un lenguaje que combine la capacidad de la palabra con el ritmo y la vida de las entrañas.

Podemos considerar como la finalidad del discurso zambraniano el conocer con más exactitud y pureza. Para ello, hay que tener en cuenta que acercarse a la verdad requiere también del corazón y no solo de la razón.

Puede afirmarse que, para Zambrano, la razón no tiene sentido alguno ni separada del corazón, ni como directora del mismo. Se trata, pues, de dar al corazón su importancia en el escenario de la vida y la cultura, de donde fue excluido con la condena platónica de la poesía.

Bibliografía

- BUNDGAARD, A. (2000): *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid: Trotta.
- CABADA CASTRO, M. (2007): «El amor por principio», en *Acontecimiento. Revista de pensamiento personalista y comunitario*, 84, pp. 31-36.
- CARRERAS, A. (2011): «¿Es Amor un Dios? Amores, dioses y demonios», en *Redes*, 26, pp. 29-48. Disponible en: <<http://www.unizar.es/acaras/Tex.Amor.pdf>>. [Consultado: 13/5/2017].
- FRANKL, V. E. (1963): «Los fundamentos filosóficos de la logoterapia», en *Psicoterapia y existencialismo. Escritos selectos sobre logoterapia*, Herder, Barcelona, 2003.
- FREUD, S. (1930): *El malestar en la cultura*, en: 2006, *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Alianza, Madrid, pp. 7-136.
- GOLEMAN, D. (2007): *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona.
- GONZÁLEZ VILA, T. (2007): «Dios es amor», en *Acontecimiento. Revista de pensamiento personalista y comunitario*, 84, pp. 59-64.
- HUXLEY, A. (1945): *La filosofía perenne*, Edhasa, Barcelona, 1992.
- KIRK, G. S., RAVEN, J. E. y SCHOFIELD, M. (2008): «Empédocles de Acragas», en: *Los filósofos presocráticos. Historia crítica con selección de textos*, Gredos, Madrid, pp. 369-421.
- MAILLARD, CH. (1992): *La creación por la metáfora. Introducción a la razón-poética*, Anthropos, Barcelona.
- MORENO Sanz, J., (ed.) (1999): «Imán, centro irradiante: el eje invulnerable», en: 2011, *María Zambrano. Obras completas III*, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, Barcelona.
- (2008): *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano. El eje de El hombre y lo divino, los inéditos y los restos de un naufragio*, Verbum, Madrid.
- OLMO CAMPILLO, G. d. (2006): *Lo divino en el lenguaje. El pensamiento de Diótima en el siglo XXI*, horas y Horas, Madrid.
- (2012): «Edición crítica de la entrevista a María Zambrano a cargo de Pilar Trenas y de las cartas escritas por María Zambrano sobre el pleito feminista a Luis Álvarez-Piñer», en: Biblioteca Virtual de Investigación Duoda, Universidad de Barcelona. Disponible en: <<http://www.ub.edu/duoda/bvid/obras/Duoda.text.2012.01.0002.html>>. [Consultado: 13/5/2017.]
- PERAL, B., 2007. «Patologías del amor», en: *Acontecimiento. Revista de pensamiento personalista y comunitario*, 84, pp. 42-45.

- REVILLA, C., (ed.) (1998): «Claves de la “razón poética”», en: *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Trotta, Madrid.
- (2004): «Sobre el ámbito de la razón poética», en: *Revista de Hispanismo Filosófico*, 9, pp. 47-64. Disponible en: <<http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/24693620113461839622202/018203.pdf?incr=1>>. [Consultado: 13/5/2017.]
- SALDAÑA, A. (2008): «La palabra con temblor de María Zambrano», en: *Anexos de Trope-lías*, 15, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- SÁNCHEZ-GEY, J. (2015): «Persona y metafísica en María Zambrano», en: *Quién. Revista de Filosofía personalista*, 1, Madrid, pp. 155-167.
- SÁNCHEZ, R. (1998): «María Zambrano y la crítica al racionalismo», en: Revilla, C., (ed.): *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el orden del tiempo*, Trotta, Madrid.
- SANCHÍS, I. (2012): «El corazón tiene cerebro». Entrevista a Annie Marquier, *La Vanguardia*, 14 de marzo. Disponible en: <<http://www.lavanguardia.com/lacontra/20120314/54267641495/annie-marquier-corazon-cerebro.html>>. [Consultado: 15/5/2017.]
- UNAMUNO, M. d. (1913): *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 2010.
- ZAMBRANO, M. (1930): *Horizonte del liberalismo*, Morata, Madrid, 1996.
- (1937): «La guerra, de Antonio Machado», en: 1986. *Senderos*, Anthropos, Barcelona, pp. 60-73.
- (1938a): «Antonio Machado y Unamuno, precursores de Heidegger», en: 1986. *Senderos*, Anthropos, Barcelona, pp. 117-120.
- (1938b): «Pablo Neruda o el amor por la materia», en: 1986. *Senderos*, Anthropos, Barcelona, pp. 147-156.
- (1939a): *Pensamiento y poesía en la vida española*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2004.
- (1939b): «San Juan De la Cruz (De la “noche oscura” a la más clara mística)», en: 1986. *Senderos*, Anthropos, Barcelona, pp. 184-201.
- (1973): *El hombre y lo divino*, en: Moreno SANZ, Jesús (ed.): *María Zambrano. Obras completas, III*, Galaxia Gutenberg-Círculo de lectores, Barcelona, 2011. [Edición completa de 1973.]
- (1986): *Hacia un saber sobre el alma*, Planeta DeAgostini, Barcelona, 2011. [Edición revisada de 1986.]
- (1987): *Filosofía y poesía*, FCE, Madrid, 1993. [Edición corregida de 1987.]

Videografía:

- ORTEGA, J. C., (cond.) (2012): «La razón poética de María Zambrano». *La mitad invisible*, RTVE, 10 de marzo. Disponible en: <<http://www.rtve.es/alacarta/videos/la-mitad-invisible/mitad-invisible-20120310-1930-169/1345843/>>. [Consultado: 13/5/2017.]
- TRENAS, P. (1988): Entrevista a María Zambrano. *Muy personal*, RTVE.
- VVAA, (s.f.), Testimonios sobre María Zambrano. Sitio web: [conoceralautor.es/](http://www.conoceralautor.es/) Disponibles en: <<http://www.conoceralautor.es/autores/ver/NTAy>>. [Consultado: 13/5/2017.]